

1 Juan 3:9

«Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.»

La clave para entender este texto reside en el significado de la palabra «*simiente*». Hay una seguridad perfecta de que la «*simiente*» proporcionará una victoria total sobre el pecado. ¿Quién es esta «*simiente*» cuya presencia en la vida puede garantizar la fuerza para obedecer? Encontramos la respuesta en Apocalipsis 12:17: *«Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de la simiente de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.»* La simiente de la mujer era el hijo varón del versículo 5 *«... que había de regir a todas las naciones...»* y *«... fue arrebatado para Dios y para su trono»*. Aquí queda firmemente establecido que Cristo es la simiente. Otra evidencia se encuentra en Gálatas 3:16, donde Dios le dijo a Abraham: *«Y a tu simiente, la cual es Cristo.»*

Ahora podemos comprender la hermosa verdad de la Escritura que tenemos ante nosotros. Aquellos que verdaderamente han nacido de Dios no pecan deliberadamente, porque Cristo está entronizado en sus corazones. La única manera en que pueden elegir pecar es separándose de Cristo. En otras palabras, la presencia permanente de Cristo y la comisión voluntaria del pecado no operan simultáneamente en el mismo corazón al mismo tiempo. El pecado deliberado siempre nos separa de Cristo, y el Espíritu Santo no se convierte en un ministro del pecado. Por el contrario, aquellos que están genuinamente convertidos y tienen la morada del Espíritu podrán vencer el pecado en todas sus formas y aproximaciones.

Este texto no significa que los cristianos sean incapaces de cometer actos incorrectos (de lo contrario, no habría virtud en que estuvieran sin pecado); más bien, su amor por Cristo los refrena de andar contrarios a Su voluntad. La palabra «*pecado*» aquí está en una forma griega que indica un proceso continuo. En otras palabras, incluso si tropiezan en un pecado, no continuarán en tal curso; sino

que, más bien, se arrepentirán sinceramente, repudiando cualquier violación voluntaria de la voluntad revelada de Dios.